

José Manuel Pedrosa

Este profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Alcalá descubre y ahonda en atractivos temas que transitan por las tierras de la oralidad, que fluyen por fuentes escritas y lo mismo emanan en una obra del Siglo de Oro que reaparecen en el http o viajan junto a las pateras. En su prolífica producción destacamos *Cuentos y leyendas inmigrantes* (Guadalajara: Palabras del Candil, 2008), *La vuelta al mundo del ratón Pérez* (Madrid: Páginas de Espuma, 2006) y *La autoestopista fantasma y otras leyendas urbanas españolas* (Madrid: Páginas de Espuma, 2004)

La Nochebuena de las brujas

En el imaginario de los pueblos han ocupado siempre un papel relevante, crítico, las situaciones de transición (climática-estacional, o cronológica, o espacial, o vital).

La reacción más comprensible y elemental de los seres humanos ante tales épocas o situaciones de cambio es el miedo a las perturbaciones y peligros que podrían poner aún más en precario la estabilidad siempre difícil de cualquier comunidad tradicional. Y la reacción socialmente más articulada se realiza, sin duda, con los llamados ritos de paso o de tránsito, que reglamentan la actitud que se asume ante tales procesos de cambio, con el fin de intentar desactivar, o al menos atenuar, mágica o simbólicamente, sus dimensiones y efectos más desestabilizadores.

Los ciclos de las estaciones del año y de las edades del hombre, de naturaleza esencialmente temporal, se hallaban articulados sobre un entramado de ritos de paso que proponían estrategias mágico-religiosas para intentar neutralizar los peligros y las amenazas que, en muchísimas tradiciones, quedan en mayor libertad durante tales días de cambio, y por tanto, de confusión.

En la tradición cristiana occidental las fiestas del solsticio de invierno, que coinciden con las celebraciones cristianas de la Navidad, o las fiestas del solsticio de verano, que coinciden con las de San Juan Bautista, son las más interesantes del año. Y no sólo por su carácter ortodoxamente religioso, sino también por su carácter heterodoxamente mágico. Un rasgo que se aprecia también, muy fácilmente, en las

fiestas del equinoccio de primavera (que en España están representadas, por ejemplo, por la festividad de San José y por la celebración de las Fallas de Valencia), o en las del equinoccio de otoño (que en España coinciden con las innumerables fiestas de finalización y celebración de la cosecha que tienen lugar en torno al día de San Miguel).

Todo tipo de ritos de carácter evidentemente mágico, relacionados con el agua y el fuego, con las lustraciones rituales o con el salto de hogueras, dan fe de unos efervescentes trasfondos paganos que la Iglesia Católica apenas ha podido borrar, ni atenuar o disimular, a pesar de los muchos siglos de condena o de presión que ha ejercido contra esas heterodoxias.

Un aspecto escasamente conocido de las fiestas navideñas es su asociación a las brujas, seres que la iglesia católica oficial considera hoy ensueños de la superstición, pero que han estado hasta hace poco muy vivas, y en algunos casos siguen estándolo, dentro de ese mundo mental y cultural complejísimo, lleno de paradojas y contradicciones, que englobamos bajo la etiqueta de la religiosidad popular. En muchos pueblos españoles ha sido creencia habitual, y por tanto amedrentadora, casi terrorífica, que la Nochebuena o el día de San Silvestre eran fechas predilectas (seguramente por su carácter transicional: cambio de estación, cambio de año) para la irrupción en el más acá de todo tipo de brujas y de demonios que se colaban por los intersticios que ese tiempo liminal que el solsticio dejaba en comunicación con el más allá.

Los cuentos, las leyendas, las supersticiones, los relatos “vividios” por uno mismo, por algún vecino, familiar o abuelo, nos abrumarían si nos pusiéramos a coleccionar andanzas de brujas navideñas. Trasladémonos, por ejemplo, al minúsculo pueblo de Naval, en la provincia de Huesca, para conocer cómo se celebraba en él, hasta casi hoy mismo, la Nochebuena.

Durante esa noche, de tanta significación familiar, se teme la acción de brujas y demonios, de tal modo que son múltiples los “remedios” que intentan oponer para no caer víctimas de sus acciones. Nochebuena es la noche de las brujas. Un dicho que nadie olvida es muy elocuente al respecto:

De las doce a la una
anda la Mala Fortuna,
y de la una a las dos
anda el Alma de Dios.

Esa noche se procura no dejar desatendido a nadie, sobre todo a los niños, con quienes al parecer la historia se ha cebado durante la misma. No es raro colgar del cuello de los niños una medalla de plata con la convicción de que los salvaguardará.

Al parecer, las brujas suelen atacar a los niños indefensos, animales y personas solitarias cargadas de temor. Recordemos que en esa noche tiene lugar la tradicional misa del Gallo, que propicia mucho el que queden gentes solas o niños pequeños en la casa con el consiguiente peligro.

Es todavía frecuente colocar unas bolsitas o saquitos de sal en el collar o cabellera de las caballerías para su protección. Son muchas las historias que narran muertes de mulos en esta noche, y ése es el mejor modo de evitar que suceda.

También es muy frecuente prolongar la celebración de la cena de Nochebuena, al calor del fuego del hogar, hasta bien entrada la madrugada, contando sucesos relacionados con todo esto que, lejos de calmar al personal, avivaba en ellos el temor a estas supersticiones.

Veamos las historias referidas a la Nochebuena:

1ª. En una casa todos los años esa noche moría una caballería –siempre la mejor– sin ninguna razón aparente. Decían que aquel año un criado se quedara a pasar la noche despierto en la cuadra y así tal vez podría averiguar el misterio. Así lo hacían y el criado se quedaba a vigilar en un lugar estratégico. A las doce en punto veía a un gato plantado encima de la mejor caballería –una mula preciosa– y le decía:

–Mucho te quiero, pero tienes que morir...

Al verle y oírlo, el criado se abalanzaba sobre el gato y, con un garrote, le daba un golpe que le rompía una pata al gato; sin embargo, el gato conseguía escabullirse de la cuadra. La noche pasaba sin más incidentes, pero al día siguiente la abuela de la casa no se levantaba. “¿Qué le pasa a la abuela?”, se preguntaban todos. Todos iban a visitarla y, cuando le llegó el turno al criado, al preguntarle a la abuela por su estado de salud, obtenía esta respuesta:

–Ya lo sabes bien tú lo que me hiciste anoche.

Con lo que la historia termina con la poco tranquilizadora posibilidad de que las brujas sean las abuelas de las casas. Casos como éste son los que obligan a poner freno a las brujas con las bolsitas de sal mencionadas.

2ª. Esta segunda historia es verídica –o como tal se me ha contado– y yo así lo creo. Ocurrió en una casa de Casolas de Naval. Se reunieron las familias de dicha casa para celebrar la Nochebuena y cenar juntos. Al acabar marcharon los hombres a la cantina, quedando las mujeres solas. Y un gato negro –otra vez el gato– que no quería salir de debajo de la “cadera” (banco de la cocina). Lo intentaron de todas las maneras y seguía sin salir. Llamaron a los hombres de la cantina, subieron e hicieron lo imposible hasta que al fin, después de muchos garrotazos, lo tiraron clavado en una horca por el balcón, dándole por muerto, claro está. A la mañana siguiente corrieron a ver si permanecía donde lo echaron, pero había desaparecido...

3ª. Este relato, también supuestamente verídico, se sitúa de nuevo en Naval, y al parecer sucedió en la casa Banastón. Fue toda la familia a la consabida misa de Gallo quedando en casa tan sólo un crío durmiendo en la cuna. Al volver de la iglesia se encontraron con el niño llorando al lado de la puerta, junto a la gatera. La gatera es un orificio para que puedan entrar y salir los gatos, insuficiente –por tanto– para poder pasar por allí al niño, por lo que quedó allí tirado en el patio. Al parecer, las brujas (que sí podían pasar convirtiéndose en gatos) no habían podido llevarse al crío (1).

Abrir por completo la caja de los cuentos y leyendas acerca de brujas navideñas entrañaría el peligro de que no la pudiésemos cerrar. Cientos, miles, podríamos traer a colación si dispusiésemos de espacio para ello. Tantas han sido las que han llenado de miedo y de temblores las frías noches del final del año que no han faltado los ingenios escépticos, incluso críticos, que han cargado contra ellas, aunque sea con las armas de la ironía. Es buena

prueba de ello un episodio cómico de *Los pazos de Ulloa*, la gran novela publicada por doña Emilia Pardo Bazán entre 1886 y 1887, con su burla de las supersticiones brujeriles y demoníacas que el vulgo gallego asociaba y asocia aún hoy a la navideña noche de San Silvestre:

El hocico de ratón tiene la palabra:

–¡Pueda que no me lo crean y es tan cierto como que habemos de morir y la tierra nos ha de comer! Para más verdá fue un día de San Silvestre...

–Andarían las brujas sueltas –interrumpió el cura de Boán.

–Si eran meigas o era el trasno, yo no lo sé: pero lo mismo que habemos de dar cuenta a Dios nuestro señor de nuestras acciones, me pasó lo que les voy a contar. Andaba yo tras de una perdiz agachadito, agachadito (y el ratón se agachaba en efecto, siguiendo su inveterada costumbre de representar cuanto hablaba) porque no llevaba perro ni diaño que lo valiese, y estaba, con perdón de las barbas honradas que me escuchan, para montar a caballo de un vallado, cuando oigo ¡tras tris, tras tras! ¡tipirí, tipirá! el andar de una liebre; ¡más lista venía... que las zantellas! Pues señor... viro la cabeza mismo así... ¡con perdón de las barbas! con mi escopeta más agarrada que la Bula... y de repente ¡pan! me pasa una cosa del otro mundo por encima de la cabeza, y me caigo del vallado abajo...

Explosión de preguntas, de risas, de protestas.

–¿Una cosa del otro mundo?

–¿Un ánima del Purgatorio?

–¿Pero él era persona o animal o qué mil rayos era?

–Abrir la puerta, que esta mentira no cabe en la habitación.

–¡Así Dios me salve y me dé la gloria como es verdad! –clamó el hocico de ratón, poniendo el semblante más compungido del mundo-. ¡Era con perdón la descarada de la liebre, que brincó por riba de mí y me tiró patas arriba! (2)

Muchos más cuentos, leyendas, relatos (incluso pretendida y pintorescamente “autobiográficos”) acerca de brujas y de demonios que logran entrar, procedentes de su oscuro mundo, en el nuestro, correr por aquí en libertad y dedicarse a causar daño a los humanos y a todo lo que en nuestro mundo es signo de fecundidad, de prosperidad o de futuro (los cultivos, los ganados, las propiedades, los niños), durante el tiempo de la Navidad, podríamos seguir trayendo a colación.

Igual que podríamos pasar larguísimo rato analizando la pintoresca y muchas veces excéntrica terapéutica (oraciones, conjuros, amuletos, reliquias, exorcismos,

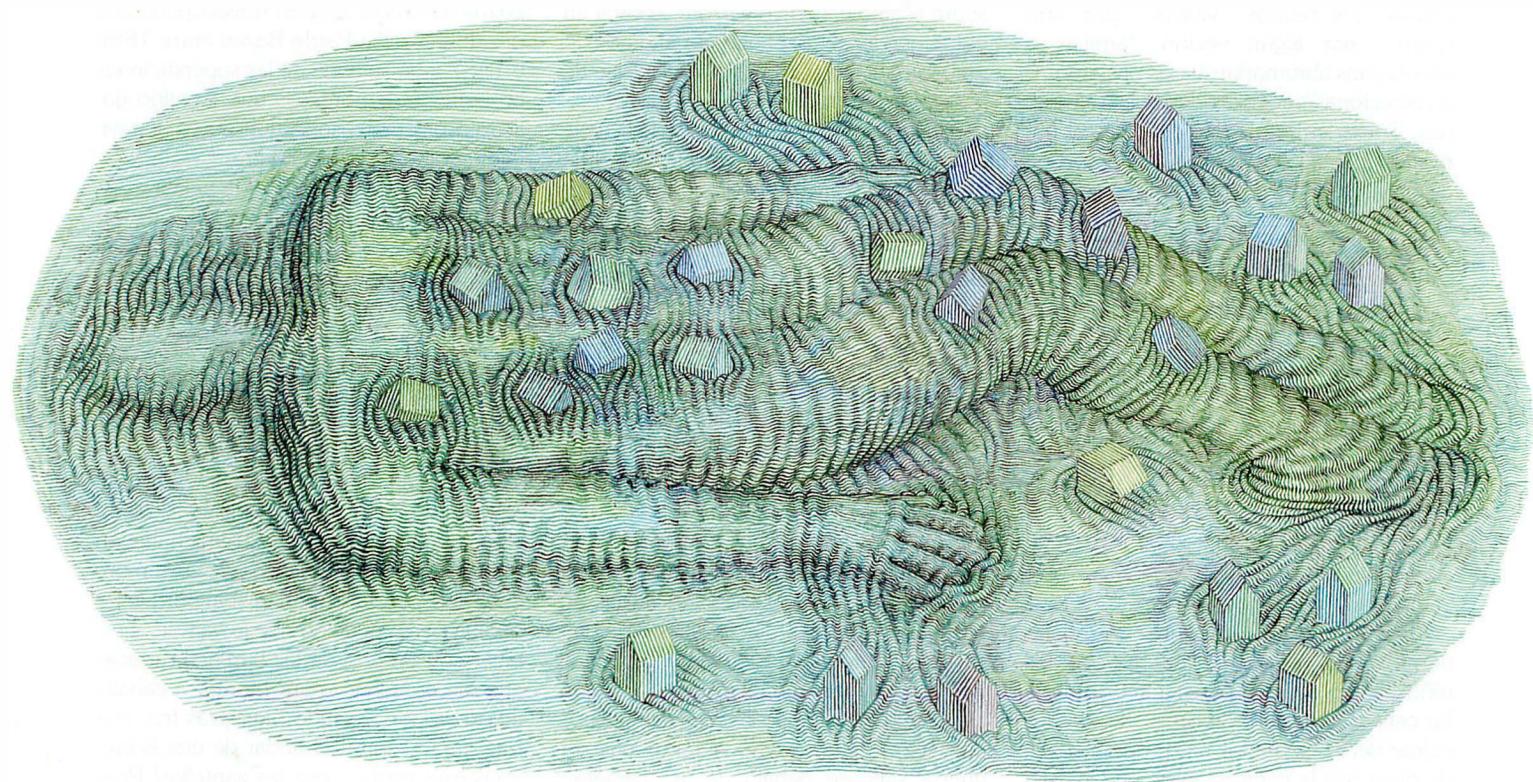


Ilustración cortesía de Carlos Arrojo

todo tipo de ritos estafalarios) con que la religiosidad popular católica, e incluso los sacerdotes y las iglesias más contemporizadores con las supersticiones del pueblo se han empeñado en poner coto a tan incómodos y sobrenaturales invitados.

Pero tendremos que conformarnos, por ahora, con intentar explicar este tipo de creencias y de relatos recordando que en el mundo cristiano, muy especialmente en el católico (porque las iglesias protestantes han procurado mantener siempre la mayor distancia con respecto a estas creencias), el calendario de fiestas y el santoral han sido edificados sobre el anterior calendario estacional mágico-pagano. Tan íntimo y evidente contacto ha dado lugar a mezclas, hibridismos, intersecciones entre las órbitas de lo religioso y de lo mágico que han llenado la imaginación popular de miedos y de inquietudes, de personajillos y de engendros absolutamente heterodoxos, y ha obligado a la iglesia católica a convivir durante siglos con ellos y, muchas veces también, a entrar en su juego, proponiendo incluso terapéuticas que, si tuviésemos espacio para analizarlas en detalle, veríamos que tienen tanto de mágico como de religioso (o más de lo primero que de lo segundo).

Falta mucho todavía por hacer para que alcancemos a tener un conocimiento

amplio y profundo de estas creencias navideñas que, vivas hasta hace no muchos años, perviven hoy en las memorias de bastantes personas ancianas. Desde la educación y desde la biblioteca se podrían y se deberían articular (así se está haciendo en algunos centros de enseñanza: por desgracia, no en tantos como se debiera) programas eficaces, que implicasen a profesores y alumnos en labores de registro, de recuperación, de reivindicación, de estudio, de publicación de los relatos que aún podrían ser salvados del olvido.

Su preservación (aunque sea en el puro nivel documental) por las generaciones que hoy constituyen un puente entre una cultura tradicional que se nos va y una cultura futura que no sabemos muy bien adónde se dirige, nos permitiría legar a las generaciones que vendrán después de las nuestras conocimientos y saberes esenciales para entender en qué creían, qué temían, cómo vivían nuestros mayores. ◀

Notas

- (1) FUSTER SANTALIESTRA, Vicente. Supersticiones recogidas en Naval (Huesca). En *V Jornadas de cultura altoaragonesa*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1986. pp. 105-204; pp. 196-200.
- (2) PARDO BAZÁN, Emilia. *Los pazos de Ulloa*. Edición de Nelly Clémessy. Madrid: Espasa Calpe, 1987. pp. 316-317.